

«Vendido como Jesús, moriré, pero moriré Papa.» El gibelino entonces, arrebatado por la cólera, le hubiera atravesado el pecho con la espada, á no impedirlo Nogaret, el cual con cinismo exclamó: «Vil Papa, que tú eres, mira la bondad de monseñor el Rey de Francia, que, aunque de lejos, por medio de mi persona te guarda y defiende.» No podía darse un sarcasmo más insolente. Con mucha razón exclamó el poeta, en uno de esos arranques sublimes tan frecuentes en sus descripciones: «¡Yo le veo; entra dentro de Anagni el flordelisado! Yo veo á Cristo cautivo en su Vicario. Yo le veo escarnecido una segunda vez; él es de nuevo abrevado de hiel y vinagre y puesto á la muerte entre bandidos (1). Nogaret, impaciente para concluir pronto, con un tono tan insolente como indigno, intimó al Papa que su misión era de conducirlo preso á Lion, en donde debía ser juzgado y sentenciado por el Concilio convocado por el Rey de Francia, su amo y señor. Luego abalanzóse con audacia hácia el Pontífice, para arrancarle del trono, mas los dos Cardenales poniéndose delante del Papa se lo impidieron. A tal violencia el intrépido Bonifacio dijo: «He aquí mi cabeza y mi garganta; yo, Papa católico, Papa legítimo y Vicario de Jesucristo, yo me veré con alegría deponer y condenar por hijos de Patarinos por la causa de la Iglesia.»

Estas terribles palabras cayeron como un rayo sobre Nogaret, por razón de que su abuelo se llamaba Patarino y había sido quemado por hereje albigense. Confundido y aterrado el canciller no tuvo valor para pronunciar una sola palabra, ni atreverse á arrancar del solio al Papa; pero el brutal y sacrilego Colonna asió al Pontífice, y llenándole de ultrajes é injurias, violentamente le encerró en un calabozo, confiando su custodia y guardia á Renaldo de Supino. Tres días permaneció Bonifacio en el calabozo, rehusando tomar alimento alguno de sus enemigos por miedo de ser envenenado; solamente una pobre mujer le proporcionó alimento durante dichos días, que consistió en un poco de pan y cuatro huevos (2).

Mientras se cometía este nefando sacrilegio, el palacio apostólico era saqueado, robado el tesoro de la Sante Sede, profanadas las sagradas reliquias y arrojadas con desprecio por el suelo; sin embargo por una de aquellas cosas que solamente pueden atribuirse á la providencia de Dios, los perversos y malvados Nogaret y Colonna se contentaron con tener preso al Papa, regocijándose de su feliz ejecución, y de recoger las preciosidades, producto del robo y saqueo, olvidándose de poner en práctica lo ideado, á saber, arrebatarse al Papa y conducirlo á Francia: «*Quos Deus vult perdere dementat.*» Lo cierto es que su olvido ó indecisión frustró sus

(1) Dante: Purgat.

(2) Chateaubriand: Estudios Hist., tomo 2.

maquiavélicos proyectos, por cuanto los fieles habitantes de Anagni, vueltos de su estupor y sorpresa, é indignados del saqueo y villanía cometida contra el palacio y la persona del Pontífice, excitados por el cardenal Lucas Fieschi, tomaron las armas, y al grito de «Viva el Papa y mueran los franceses» acometieron á los invasores, arrojándolos del palacio pontificio y de la ciudad, causándoles muchos muertos y quedando prisionero el mismo Nogaret; pero el magnánimo Pontífice lo hizo poner en libertad, sin que recibiese el castigo á que se había hecho acreedor por su enorme delito.

Luego que el Supremo Pastor de la Iglesia se vió libre de sus verdugos se trasladó á Roma, la cual le recibió en triunfo, dándole el pueblo romano inequívocas pruebas de amor y veneración. Sin embargo, al cabo de 33 días del atentado, esto es el 11 de octubre de 1303, murió de amargura y aflicción por los atropellos de que fué víctima. A pesar de cuanto había sucedido, sus últimas palabras fueron de clemencia y perdón, especialmente para los dos cardenales cómplices de la conjuración, Ricardo de Sena y Napoleon de los Ursinos.

Así acabó sus días un Pontífice que se asemejó mucho al célebre Hildebrando, Gregorio VII, y á Inocencio III, á causa de las violencias de un nieto de San Luis, imitador de Enrique IV y Federico II. Bonifacio VIII era de vasta y elevada inteligencia, de espíritu recto, enérgico y dominante. Los actos gloriosos de su pontificado le hubieran colocado al rango de los más grandes Pontífices, si desgraciadamente no hubiera sido turbado su reinado con tantas agitaciones y luchas, á consecuencia de las cuales sucumbió. Dotado de un carácter de hierro, tuvo que luchar con un hombre de una naturaleza no menos inflexible, pero con la diferencia que en uno había la fuerza material, la injusticia y el orgullo, y que el otro, aunque adornado de todas las virtudes, era débil; y no es extraño sucumbiese el último merced al horrible choque é infame atentado del poderoso é iracundo rey de Francia.

En 11 de octubre 1605 bajo el pontificado de Paulo V se abrió el panteón de Bonifacio VIII con motivo de la nueva construcción del Vaticano, y se halló incorrupto su cuerpo, excepto la nariz y los labios, conservándose intactos los ornamentos pontificales.

Nos hemos extendido todo lo posible en relatar los acontecimientos que tuvieron lugar durante el pontificado de Bonifacio, con el propósito de que los lectores no se admiren despues, cuando hablemos de la catástrofe de los Templarios, considerando las acusaciones criminales, calumniosas, pérfidas é infames, con las cuales se persiguió á un Pontífice (1) y

(1) La perversidad llegó al extremo de propagar, para denigrar á Bonifacio VIII, que su antecesor

se intentó convocar un mal llamado Concilio para deponerle de la suprema dignidad pontificia. Sosteniendo una causa á todas luces infernal, llevado de un odio satánico, tuvo la audacia de pedir el rey de Francia á Clemente V anulase su memoria, y que exhumando el cadáver de dicho Pontífice fuese públicamente quemado como hereje. Esto nos parece seria lo suficiente para comprender la realidad de los crímenes de que Felipe el Hermoso y sus cómplices acusaron á los Templarios, así como la odiosa y cruel persecución de que aquellos ilustres caballeros fueron víctimas: otros ejemplos terribles, pero no menos inhumanos é injustos, veremos á continuación.

Con la muerte de Bonifacio, el Cónclave de Cardenales se reunió, y el 22 de octubre 1303 por unanimidad eligió á Nicolás Bocasini, Cardenal Obispo de Ostia, que tomó el nombre de Benedicto XI. Su carácter era dulce y apacible, y estas cualidades hacían esperar un pontificado más tranquilo que el de su antecesor; pero esta esperanza fué engañosa, por cuanto falleció á los 8 meses y medio de su elección, esto es, á 7 de julio de 1304.

Felipe el Hermoso, al saber la muerte de Bonifacio y la elección de Benedicto, no cabía de gozo, y se apresuró á felicitar al nuevo Papa por medio de una carta que entregaron sus enviados Beraldo de Marcoell, Guillermo de Placian y Pedro de Belleperche; el cinismo del rey llegó á unir á dicha embajada al tristemente célebre Nogaret; pero no se presentó, por que el Pontífice declaró anticipadamente que no sería admitido á su presencia.

La carta del rey con toda hipocresía aseguraba el aprecio y estima que le merecía el nuevo Papa; sin embargo no ocultaba en ella su despecho y rencor contra la memoria de Bonifacio.

Con motivo de la embajada á Roma, Felipe el Hermoso habiéndose encargado á Guillermo de Plazian tratase con el Papa ciertos asuntos muy graves, y entre estos parece que se formuló alguna acusación contra los Templarios, porque estos se mantuvieron constantemente adictos á Bonifacio en sus querellas con el rey, no queriendo favorecer sus injustas pretensiones, á diferencia de una gran parte del clero, grandes y pueblo que secundaron tan vergonzosamente las miras del Soberano. Mientras los príncipes de Europa callaron á la presencia de este gran duelo del poder temporal y del espiritual, sola la orden del Temple consideróse asaz fuerte é independiente para declararse en favor del Papa y contra el orgullo del monarca francés. Añadiase en la acusación que la Orden había propor-

Celestino V había dicho y profetizado de él lo siguiente: «Intravit ut vulpes, regnavit ut leo, morietur ut canis», lo que es completamente falso, pues no consta en ningún escrito de Celestino.

cionado á Bonifacio grandes sumas de dinero procedentes del tesoro real, lo que era una atroz calumnia, por cuanto las arcas tenían tres llaves, y el Temple guardaba solamente una, y las otras dos las tenía el rey.

Benedicto XI para calmar el rencoroso espíritu del rey sobre este punto, le concedió una décima sobre los bienes del Temple; y como el Papa considerase que la ambición del rey y los manejos de sus ministros contra la Orden del Temple eran solo un ardid y una calumnia que demostraban la perversidad del monarca francés, rechazó las instancias por impertinentes; y con esta repulsa, tanto el rey como sus áulicos, viendo frustrados sus designios, concertaron un nuevo atentado, y fué el deshacerse del Papa, pues no cabía duda alguna que el Pontífice en ciertos asuntos sería tan inflexible como su antecesor, y así nunca la corte de Francia alcanzaría sus deseos.

Entretanto Benedicto, con objeto de acabar y poner término á las querellas de Felipe el Hermoso, levantó las censuras y excomuniones fulminadas contra el reino, exceptuando á Nogaret, reservando su causa á la Santa Sede; y para vindicar la injuria y los ultrajes hechos á la Silla Apostólica y á la Iglesia, el Papa comisionó á Bernardo Boyar, arcediano de Saintes, para la información sobre el saqueo del tesoro pontificio cometido en Anagni, quien para cumplir con este cometido se trasladó á aquella ciudad y lió principio á la instrucción del proceso, en averiguación de los cómplices de la conjuración tramada contra Bonifacio VIII.

Terminada la sumaria y en vista de lo que arrojaba el proceso, el Papa publicó en Perusa el 7 de junio de 1304 una Bula en la cual, después de lamentar con los más vivos colores todo lo obrado contra su predecesor, el saqueo del tesoro pontifical y las profanaciones cometidas, excomulgaba *nominatim* á quince conjurados. Nogaret estaba á la cabeza: seguían Sciarra Colonna, Muschiatti, Arnolfo, etc.

No obstante el Papa procuró por todos los medios posibles aplacar los rencores del rey, pero no pudo lograrlo. Se había creído que con la muerte de Bonifacio cesarían los depravados proyectos del monarca, pero no sucedió así, y aunque Benedicto había levantado la excomunión, á pesar de esto, el soberano francés perseveró iracundo en sus planes tenebrosos, sostenidos, apoyados y secundados con gran astucia, habilidad y atrevimiento por Nogaret, Plazian y Marigny, los cuales, conspirando constantemente contra la Iglesia, no dejaban un momento de reposo al Papa.

No satisfaciendo á la corte de Francia el modo de obrar del Pontífice, trató el rey con sus áulicos de la manera como podría hacerse desaparecer ó quitar de en medio al Papa, pero rápida y prontamente, realizando un segundo crimen; y se resolvió el veneno. De este nuevo delito se encargó también Nogaret, el cual á mediados de junio de 1304 partió de París en compañía de una hermosa y joven judía de 16 años de edad llamada Lia,

y bajo nombres supuestos ambos se dirigieron á Perusa, residencia del Papa. Procuró Nogaret que la judía, con hábito de monja del convento de Santa Petronila, presentase al Papa en una fuente ó cestillo algunas frutas envenenadas, las que fueron aceptadas; y habiendo comido algunas, al cabo de una hora el Papa se sintió indispuerto (7 julio 1304). Nogaret y su cómplice habian desaparecido. En un principio se consideró como una ligera indisposicion; pero al aumentarse los dolores, cada vez más agudos, dieron motivo para sospechar un envenenamiento. Se tomaron inmediatamente informaciones en el convento de Santa Petronila de Perusa, y se declaró por parte de la superiora que ninguna monja habia salido de su convento para ofrecer ni hacer ningun regalo de frutas al Papa. Lo cierto es que el Pontífice murió á las pocas horas. La voz general pronunció que aquella muerte era debida al veneno (1). Los autores contemporáneos, segun M. Sismonde de Sismondi, acusan como cómplices de este delito á Nogaret, Colonna, Muschiati y al cardenal Napoleon de los Ursinos; y el historiador Ferret de Vicenza declara además que el autor del crimen fué Felipe el Hermoso, rey de Francia.

Sobre este asunto tan delicado la Iglesia calló, el Colegio de Cardenales tembló y se horrorizó; así es que nadie se atrevió á aclarar ni sondear este misterioso crimen. No obstante las presunciones más fundadas designan al Rey de Francia; y si se mira y considera bien, á nadie más que á él interesaba tanto la muerte de Benedicto XI. Por otra parte los antecedentes de aquel monarca no permiten dudar de que no retrocederia ante ningun crimen para satisfacer sus instintos, y que no se arredraria ante los más abominables delitos que pudieran facilitarle la consecucion de sus planes; los acontecimientos que tuvieron lugar despues y que vamos á historiar confirman y apoyan cuanto acabamos de indicar.

Benedicto XI fué canonizado en 1736 por Clemente XII.

Llevada á cabo la grande iniquidad, el crimen horrendo y el sacrilegio nefando de la muerte de Benedicto XI, al momento de tener noticia de ella Felipe el Hermoso, procuró con la ayuda y consejo de sus cortesanos, Nogaret, Plazian y Marigny, idear otro proyecto satánico con el fin de lograr la satisfaccion de sus pasiones, odios y venganzas. Este plan consistia en escoger un candidato para ocupar la sede pontificia, y sobre todo un candidato que fuese menos inflexible que Bonifacio, y aun mucho más dócil que Benedicto; en una palabra, el futuro Pontífice debia reunir una sola condicion, y esta debia consistir en una ciega subordinacion á los caprichos, injusticias y maldades que ordenase el Rey de Francia.

(1) Comp. Hist. ecles. por D. Francisco Aguilar; Hist. de la Iglesia por Moreno Cebada, t. 3, p. 137; Zurita, Anales, t. 3, p. 122.

Los Cardenales en número bastante crecido se reunieron en Perusa. Por desgracia la lucha entre el elemento (por no decir partido) francés y el italiano fué de larga duracion, privando con esta divergencia á la Iglesia del Pastor universal por más de 10 meses, durante cuyo tiempo el sistema de corrupcion, usado siempre con refinada astucia por el Rey de Francia, no estuvo por cierto ocioso é inactivo, poniendo infatigablemente todo género de influencias, halagos, amenazas, intrigas, sobornos y demás medios indecorosos que imaginarse pueden.

Una carta del tristemente célebre cardenal Napoleon de los Ursinos dirigida á Felipe el Hermoso despues de la muerte de Clemente V, confirma bastante cuánto se trabajó en el cónclave de 1305 para complacer al Rey de Francia. Hé aqui algunos párrafos de ella: «Señor, nos acordamos muy bien que estuvimos 11 meses en prision en Perusa, y sólo Dios sabe cuantos sufrimientos de cuerpo y alma tuvimos que soportar; yo abandoné mi casa por lograr un Papa francés, porque deseaba favorecer al Rey y á su reino, y esperé que aquel que seguiria los consejos del Rey, gobernaría sabiamente á Roma y al universo, y reformaría la Iglesia; y por esta razon, despues de haberse tomado todas las precauciones escogimos al difunto Papa, persuadidos de que habiamos hecho el mayor y más precioso don al Rey y á la Francia; pero ¡oh dolor! nuestra alegría se ha cambiado en duelo, y el canto se ha convertido en lamentos, por cuanto, si se pesan las obras del difunto, por lo que ha reportado de provecho al Rey y á la Francia, se halla que bajo su pontificado han surgido graves peligros. No se habia previsto esto, y no se tomó ninguna precaucion, y la falta de prudencia habria producido una catástrofe, si la mano de Dios no hubiese venido misericordiosamente en nuestro socorro (1).»

Es innegable que en dicho cónclave habia dos partidos: los cardenales Mateo de los Ursinos y Francisco Caetano capitaneaban el bando italiano, y los cardenales Napoleon de los Ursinos y Nicolás de Prato estaban á la cabeza del bando francés. Cuando por medio de cábalas é intrigas se hubo logrado que los franceses votarian al Arzobispo de Burdeos, y que los italianos no harian oposicion á dicho candidato, y además se hubo obtenido una carta que acreditaba esta solucion, entonces se verificó, segun autores respetables, aquella célebre entrevista y consiguiente compromiso entre el Rey de Francia y el Arzobispo de Burdeos, en el monasterio de S. Juan de Angely, entrevista y compromiso que habian de ocasionar más tarde la gran catástrofe que contempló el mundo horrorizado durante el pontificado de Clemente V.

(1) *Napoleonis de Ursinis Cardinalis epistola ad Philippum Regem Francorum, de statu Romane Ecclesie post obitum Benedicti XI. (1314).* Fleury, Baluzius, Vit. Pap. Avenion., tom. 2, pág. 289 y 290.

El cronista Juan Villani, contemporáneo de los sucesos y acontecimientos del siglo XIV, describe detalladamente lo sucedido en la elección de Clemente V, su conducta y servilismo al Rey de Francia: «El Sacro Colegio durante nueve meses estuvo reunido en Perusa, no encontrando medio para elegir sucesor á Benedicto XI. Dos grandes partidos dividían por desgracia al cónclave, el uno llamado Bonifaciano, y el otro francés. Los jefes de este, viendo que era imposible ponerse de acuerdo, propusieron al italiano una transacción, designando tres candidatos que no fuesen italianos para que el partido francés escogiera el que le agradase más. Así se hizo; el italiano presentó una terna de los candidatos, uno de los cuales era Bertran de Goutt, arzobispo de Burdeos. Entonces el jefe del bando francés, cardenal De Prato, con autorización, pero secretamente y con urgencia, remitió una nota á Felipe el Hermoso, dándole conocimiento de lo proyectado y convenido en el cónclave, rogándole contestase dentro el plazo de 40 días, si merecía su aprobación el que fuese elegido Bertran de Goutt, que, aunque hostil al Rey por lo sucedido en Anagni, no obstante como era hombre ávido de honores y dinero, sería fácil el que sacrificase su opinión para lograr más alta dignidad, y por consiguiente se consideraba el más á propósito para los planes del monarca francés. Este no despreció semejante coyuntura, que era cuanto podía apetecer, y avistándose luego con el futuro Papa se estipularon ciertas condiciones, entre las cuales hubo una reservada y secreta, que no fué otra que la abolición de la milicia del Temple.»

Hé aquí como se expresa otro autor contemporáneo:

«Muerto Benedicto XI, como era regular debía reunirse el cónclave de Cardenales para proceder á la elección de nuevo Pontífice, y para que éste fuese favorable á los planes del Rey de Francia, se pusieron por parte de éste todo género de intrigas, maldades é infamias para lograr su objeto. Este Rey, de infausta memoria para la Iglesia, no perdonaba medios por injustos y detestables que fuesen; y bajo este punto de vista sus miradas se dirigieron al Arzobispo de Burdeos, llamado Bertran de Goutt, hombre de un carácter ambicioso y de un temperamento débil, y por consiguiente blando y hasta pusilánime con aquellos á quienes debía alguna protección; y como era deudor á Felipe el Hermoso del elevado rango que venía ocupando, de ahí es que el Rey consideró que dicho Arzobispo le serviría para los proyectos ulteriores que tenía tramados en su depravado corazón.»

El Cónclave, á consecuencia de la diversidad de opiniones que en él campeaban, no podía entenderse, y cada día se dificultaba más y más la elección del nuevo Papa. Las dos parcialidades, ó más bien los dos bandos que en aquella sazón se hacían cruda guerra, á saber, los Güelfos y Gibelinos, no dejaban de tener sus adeptos y apasionados entre los Cardena-

les; por cuyo motivo no es extraño que la dicha elección se dilatase hasta que merced á la intriga y soborno se puso fin á este asunto de tanta importancia, logrando el monarca francés lo que tanto ansiaba satisfacer, es decir, su venganza y ambición; y de este modo poder humillar y dominar á la Santa Sede, y con el fementido y falso color de celo por la religión y pureza de la fe católica, arruinar una Orden esclarecida que por el espacio de más de ciento y ochenta años había combatido con heroísmo contra los infieles y dado constantemente días de gloria á la Iglesia de Jesucristo.

El Rey invitó al Arzobispo para una entrevista, que tuvo lugar en la abadía ó monasterio llamado de S. Juan de Angely. Ambos personajes, después de haber oído misa (¡cuánta iniquidad y cuánta hipocresía!), juraron previamente tener secreto cuanto acordasen. En efecto, según parece, el Rey habló sin ambages al Arzobispo, manifestando su vivo deseo de reconciliarse, y en su consecuencia poner fin á la enemistad que mediaba entre el y Carlos de Valois, de ser hijo sumiso de la Iglesia y procurar el brillo y esplendor de la Religión; y para lograr tan loables objetos, consideraba indispensable la elección de un buen Papa; y quien reunía todas las cualidades para tan suprema dignidad, según su juicio, era el Arzobispo de Burdeos; y en tanto era así que el Cónclave no tendría ninguna dificultad en proponerlo, si el Arzobispo daba su consentimiento, como lo acreditaba la nota remitida al Rey por el cardenal De Prato. Sin embargo, para conseguir la elección era preciso que el Arzobispo comprometiera su palabra de conceder al Rey las gracias que se le proponían.

«Cuando el gascón Bertran de Goutt, Arzobispo de Burdeos, se convenció por la nota que leyó de que el monarca no le engañaba, y que dependía de su real voluntad subir al trono pontificio, aunque fuese sacrificando su conciencia, se humilló y le dió las gracias por la hidalguía con que le agraciaba, dándole todas las seguridades de cumplir cuanto de él dependiese. Entonces el Rey le abrazó, besó la boca del Arzobispo y le entregó las condiciones que tenía de antemano preparadas por tener ya conocido el genio y carácter ambicioso del Prelado, y por lo tanto seguro de que no rehusaría ni la dignidad ofrecida, ni las condiciones á que se le sujetase. Hé aquí las proposiciones.

- 1.<sup>a</sup> «Reconciliación con la Iglesia y absolución del atentado de Anagni.
- 2.<sup>a</sup> «Participación de los santos Sacramentos, pudiéndolos recibir públicamente el Rey y toda la familia real.
- 3.<sup>a</sup> «Participación de los diezmos de todo el clero de Francia por un quinquenio por los gastos de la guerra de Flandes.
- 4.<sup>a</sup> «Anulación de todos los actos y memoria de Bonifacio VIII.